

CUENTO N° 175

TÍTULO: KILIMANJARO

SEUDÓNIMO: MORRIS WHITE

AUTOR: MAURICIO ARTURO BLANCO ESPINOZA

KILIMANJARO

“La vida es una causalidad de la casualidad”

Morris White

Durante años trabajé en una empresa ligada al mundo aeronáutico, del todo fascinante y atractivo, porque es algo que escapa a lo cotidiano y hasta hoy, soy un convencido que no hay otra ocupación que se le compare. Recuerdo que cumplir mis funciones era una diversión, ya que cada día era completamente distinto al anterior, empero había que invertir una buena dosis de adrenalina en ciertas instancias, ya que era una labor estresante que demandaba una gran responsabilidad. En fin, dentro de lo novedoso que siempre fue mi trabajo, tuve la oportunidad de viajar en varias oportunidades al extranjero, por cuestiones relacionadas con la industria de la aviación, como exposiciones, seminarios, talleres, cursos, invitaciones, entre otras, lo que hacía más apasionante mi carrera profesional.

Pues bien, en uno de esos periplos fui seleccionado, junto a otro compañero de trabajo, para participar en una convención de una federación internacional de colegios profesionales ligados a la navegación aérea. Esta aventura, y ya sabrán por qué la denomino de esa forma, se desarrolló en África, específicamente en Tanzania, país desconocido para muchos que tuve la suerte de visitar, ya que de otra forma jamás lo hubiese hecho, pues no tenía mayor conocimiento de su existencia ni de su cultura. El viaje en avión a Tanzania fue extenuante, porque tuvimos escalas en Sao Paulo y Johannesburgo antes de llegar a aquel fascinante país del África del este. Arribamos en el aeropuerto Dar es-Salam, de ciudad homónima, que es la más importante y poblada de ese país, donde su desarrollo económico se sustenta principalmente en la actividad turística, por sus conocidos safaris a lugares tan cautivadores como el Parque nacional de Tarangire o la zona de conservación de Ngorongono, habitado por los célebres Masai. Como éramos una comitiva oficial, un par de miembros del comité organizador nos recibieron en el

recinto aeroportuario y nos llevaron a un hotel en el downtown, en donde nos dieron la bienvenida con una danza típica del país, el Dingi-dingi, que pudimos disfrutar junto a otras delegaciones que se reunieron en dicho lugar. Cuando comenzaron a repicar los tambores y los cánticos propios de su cultura ancestral, se dio inicio para mí, otro viaje paralelo. De inmediato me sentí transportado al pasado y los pensamientos se escaparon de mi cabeza, quedando sólo aquellas imágenes que podía presenciar en ese mágico momento. De pronto, una de las encantadoras y enigmáticas bailarinas se me aproxima y extendiendo su mano, me elige entre todos los asistentes para participar de su danza. Su exótica belleza, junto a sus sinuosos movimientos me cautivaron de inmediato y la acompañé en su frenesí al ritmo de los timbales. No tuvo necesidad de enseñarme su seductora coreografía, ya que mi cuerpo comenzó a desenmarañarse de la rigidez rítmica que lo caracteriza y afloró un yo ancestral, desconocido para mí, captando de inmediato el escenario en el cual me encontraba y comenzamos a bailar ignorando lo que estaba pasando a nuestro alrededor. Me sentí poseído y me veía en la oscura sabana con el monte Kilimanjaro como telón, iluminado tenuemente por la brillantez de una luna silente, con sombras de árboles enardecidas como acompañantes. Fui presa fácil de la lujuria y comenzamos, junto a mi improvisada e incansable pareja, a cruzar miradas pletóricas de pasión, de encanto y de desenfreno, y el ambiente que nos rodeaba, nos invitaba irremediabilmente a arrojarnos al abismo de la lascivia y la sensualidad. Fue entonces, en pleno jolgorio cuando inesperada e inoportunamente, Jorge, mi compañero de viaje, me coge de un brazo, me vuelve a tierra en el plató en donde se desarrollaba la danza y me dice: *¿Dónde aprendiste a bailar así?*

Una vez terminada la representación, fuimos agasajados con una cena exquisita en el salón principal del hotel y acto seguido, ya rendidos, nos retiramos a descansar.

Al día siguiente, fuimos a recorrer la ciudad para contratar un safari que nos había recomendado el conserje del hotel. Extraño me pareció, por decir lo menos, que todas, o casi todas, las mujeres con las que me crucé en la caminata hacia el centro urbano, me miraban fijamente y me sonreían. Es más, se daban vuelta a mirarme, lo que me hizo sentir casi como un reconocido actor de cine, porque un adonis no soy precisamente, ya que tengo estatura media, con una avanzada alopecia, de tez morena y rasgos mestizos propios de un chileno. Sin embargo, había algo en mí que hacía que muchas féminas me clavaran sus miradas gozosamente y no así a mi amigo, quién a mi parecer ostentaba más atributos físicos que yo. Fue tanto, que Jorge me mira extrañado y dice: *“joye estai matando aquí ah!”*, lo que asiento no sin fascinación, ya que pocas veces, o casi nunca, a decir verdad, había tenido la oportunidad de vivir una experiencia tan sublime.

Contratamos el safari y a las ocho de la mañana del día siguiente estábamos en camino al Parque Nacional de Tarangire. La expedición la hicimos a bordo de un todoterreno descapotable, desde donde observábamos esas formidables llanuras salpicadas con todo tipo de animales salvajes y a ratos, sólo el ruido del vehículo rompía el cómplice silencio con el que nos deleitaba la naturaleza. El momento invitaba a observar y eternizar esos parajes, en donde elefantes, cebras, jirafas, hienas, antílopes, búfalos y de un cuanto hay, vivían su existencia en una aparente tranquilidad. Pasadas unas horas, llegamos a un páramo donde dormitaba una manada de leones a la sombra de una enorme acacia, muy propio de la sabana africana. Uno de los guías, el cual no pudo disimular su nerviosismo, ya que

denotaba poca experiencia, nos dice: *“obsérvenlos, pero no hagan movimientos bruscos y no se preocupen, ya que se alimentaron en la noche y a esta hora se encuentran descansando”*. No sé si esa advertencia-aclaración nos tranquilizó o inquietó a los integrantes del tour, porque uno jamás sabe como va a reaccionar un animal salvaje en su hábitat natural y más aún si éstos son los temidos leones, ya que otra historia sería, pensé, si a uno de ellos se le antojase un bocadillo. Bueno, el punto es que uno de los felinos se despierta, a no más de cinco metros de nosotros y comienza a mirarnos en forma poca amistosa, al menos así lo percibí. De inmediato el segundo guía, que las hacía de conductor y que se notaba con más recorrido en esas lides, comienza a hacer rodar el vehículo lentamente. Acto seguido el león, que resultó ser el rey de la manada, ya molesto, se incorpora y comienza a dar unos pasos, lo que llevó a que el conductor pisara con más ímpetu el acelerador, ya no tan calmo y al mismo tiempo que nos advertía *“afirmense”*, aumentaba la velocidad sin desparpajo, porque el macho alfa comenzó a trotar hacia nosotros. El 4x4 comienza a recorrer el camino, mal llamado así, más bien sendero, infiltrándose en nosotros una buena dosis de intranquilidad, o reconozcámoslo, derechamente

¡miedo! En el proceso de la aceleración del vehículo, éste comienza a tambalearse perdiendo estabilidad y como si no fuera suficiente, una roca filosa muerde uno de los neumáticos delanteros, provocando un sonido estruendoso que nos hizo volcar vertiginosamente, por lo que nos invadió el pánico en el exiguo lapso que tomó esa inesperada pirueta y con ello, pierdo la noción del tiempo y del entorno.

Despierto algo mareado en una tribu Masai, de noche, al lado de una gran fogata con el majestuoso monte Kilimanjaro de fondo. Había varias carpas cerca nuestro, donde las mujeres nos observaban y los niños jugaban con sus sombras. El más

longevo del clan me inquiere respecto de los últimos detalles para la cacería del día siguiente, ya que debíamos salir en busca del alimento para la gran familia, junto a otros guerreros, pintarrajeados como tales, que rodeaban la fogata. Después de una pausa, les arengué, entre otras materias, que debíamos esperar a que amaneciera, porque como bien sabíamos, los depredadores actúan de noche y en la penumbra que antecede la salida del sol, las presas se encontrarían cansadas de huir y en plena vigilia, lo que constituía la hora propicia para la caza de los antílopes, cuya apreciada carne era la favorita de nuestra tribu. Lo curioso es que entendía todo lo que me decían y además me encontraba hablando el Suajili, jerga de la tribu desde tiempos inmemoriales. Además, me miraban con un profundo respeto, incluso los ancianos, por lo que reconocí que era el líder de la etnia, situación que no me disgustaba. Salimos antes de que se asomara el sol, como había instruido y al marcharnos nos fueron a despedir las mujeres de la tribu, las que me miraban amablemente, deseándonos éxito y encomendándonos a todos nuestros dioses para que nos guiaran y volviéramos ilesos de la cacería.

Luego de un par de horas de caminata, avistamos algo a lo lejos, nos acercamos agazapados, en contra del viento, a una manada de impalas que estaban pastando a escasos metros de nosotros. Un impala vigía oteaba a su alrededor buscando cualquier señal de peligro para avisar a sus pares y así arrancar de inmediato, pero no observaba hacia donde estábamos nosotros, lo que me dio confianza. En eso, el antílope vigía desvía su mirada hacia la derecha nuestra y aprovechando el momento, doy la señal a mis guerreros para que se precipiten al ataque, hacia la presa más indefensa que se apreciaba ligeramente a nuestra izquierda, lo que hicimos prontamente, lanzándonos al aire con nuestras lanzas, aferradas a nuestras

manos como si fueran una extensión de nuestros brazos. Lo espeluznante de esta escena, es que las leonas que estaban acechando a la misma presa a nuestra izquierda, que no vimos claro está, realizaron la misma acción y nos encontramos ambas especies depredadoras en el aire, cayendo por efecto de la gravedad hacia nuestra presa, sin saber ni dimensionar lo que allí estaba a punto de producirse, ya que de seguro pasaríamos de ser cazadores a cazados, por aquellas felinas que reinaban en esos parajes.

En ese preciso momento, cuando sentí que un zarpazo de una de las leonas desgarraba mi torso y comenzaba a asomarse la sangre caliente.....me despierta Jorge y me advierte que es hora de levantarse para asistir a la sesión de esa asamblea que nos convocaba y así cumplir con el objetivo de nuestro viaje.

Me sentí aturdido y desorientado, ¿qué había sucedido realmente?, ¿estuve allí en otra instancia, en otra vida?, lo único cierto es que desde que puse mis pies en esas tierras, me sentí diferente y algo me decía que pertenecía a esos lares.

Camino al plenario, pasamos por una concurrida plaza, e importante al parecer, que estaba aledaña al recinto de la convención, en cuyo centro majestuosamente se erigía una gran escultura tallada en piedra, similar a un tótem, claramente con cientos de años de antigüedad. La gente pasaba a su alrededor y la miraba con respeto y admiración, de eso no cabía duda. En su pedestal, se apreciaba una escritura que no pude descifrar, pero al observar con más detención la figura humana allí representada, quedé pasmado y de una pieza, ¡cuál fue mi sorpresa al ver ese rostro!, tuve la sensación que mi imagen se veía reflejada en un espejo, ¡esa figura era mi retrato!,¡era exactamente igual a mi!